

INVESTIGACIÓN Y TESTIMONIO: LA TRADICIÓN DEL PERIODISMO LITERARIO DE
RODOLFO WALSH EN LAS CRÓNICAS POLÍTICAS DE LEILA GUERRIERO

RESEARCH AND TESTIMONY: THE TRADITION OF LITERARY JOURNALISM OF RODOLFO WALSH
IN THE POLITICAL CHRONICLES OF LEILA GUERRIERO

FELIPE DE JESÚS ORTEGA GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
chuyfilos@live.com
<https://orcid.org/0009-0005-3897-8869>

Recibido: 10 de enero de 2024

Aceptado: 26 de febrero de 2024

Resumen

Un nuevo auge del periodismo narrativo dentro del ámbito literario latinoamericano ha propiciado la revisión de las obras precursoras más representativas de la crónica en la región: las surgidas durante la segunda mitad del siglo pasado. Quizá la figura más distintiva del periodo sea el escritor argentino Rodolfo Walsh a partir de la publicación de *Operación Masacre*. Entre la publicación de esta obra y las crónicas políticas de la periodista argentina Leila Guerriero hay un hilo conductor que atraviesa seis décadas de historia política argentina a partir de las que ambos autores construyen narrativas de denuncia. El propósito de este artículo es describir cómo dialogan y se entrelazan Walsh y Guerriero a través de sus textos, esto, a partir de dos aspectos centrales: la investigación periodística y la escritura de testimonios que se enlazan con la historia argentina del siglo pasado.

Palabras clave: Rodolfo Walsh, Leila Guerriero, periodismo literario, literatura latinoamericana, crónica.

Abstract

A new rise in literary journalism within the Latin American literary field has led to the review of the most representative precursor works of chronicle in the region: those that emerged during the second half of the last century. Perhaps the most prominent figure of the period is the Argentine writer Rodolfo Walsh after the publication of *Operación Masacre*. Between the publication of this work and the political chronicles of the Argentine journalist Leila Guerriero there is a common thread that runs through six decades of Argentine political

history from which both authors construct protest narratives. The purpose of this paper is to describe how Walsh and Guerriero dialogue and intertwine through their texts, based on two central aspects: journalistic investigation and the writing of testimonies that link the Argentine history of the last century.

Keywords: Rodolfo Walsh, Leila Guerriero, Literary journalism, Latin American literature, Chronicle.

Yo creo que la denuncia traducida al arte de la novela se vuelve inofensiva, es decir, se sacraliza como arte. Por otro lado, el documento, el testimonio, admite cualquier grado de perfección. En la selección, en el trabajo de investigación, se abren inmensas posibilidades artísticas.

Ricardo Piglia, "Rodolfo Walsh y el lugar de la verdad".

Sean invisibles: escuchen lo que la gente tiene para decir. Y no interrumpen. Frente a una taza de té o un vaso de agua, sientan la incomodidad atragantada del silencio. Y respeten.

Leila Guerriero, "Arbitraria", *Zona de obras*.

El interés por el periodismo en Latinoamérica durante las más recientes décadas ha sido impulsado por el advenimiento de una amplia difusión editorial. Además, es preciso mencionar que la severidad de las problemáticas latinoamericanas ha llevado a lectores y académicos a estudiar las obras y autores que exponen los diversos factores que producen la realidad del continente. A lo anterior se ha sumado el surgimiento de nuevas formas del ejercicio periodístico a partir del desarrollo de las tecnologías de comunicación.

En 1978, el escritor y periodista mexicano Vicente Leñero publica la novela *Los periodistas* en la que documenta el golpe del gobierno de Luis Echeverría Álvarez al diario *Excélsior*, cuando este era dirigido por Julio Scherer, ocurrido dos años antes. Entre las virtudes documentales de la novela, encontramos un

detallado fresco que presenta la profesión periodística durante la segunda mitad del siglo XX. La narración se desarrolla en un contexto en el que la televisión, la prensa y la radio eran los principales –y casi unívocos– medios de comunicación, y en el que no se concebía la producción noticiosa sin el télex, ahora obsoleto. El surgimiento de nuevas tecnologías produjo con el tiempo diversos estilos y formas periodísticas.

Los estilos periodísticos se han adaptado a los medios, sin embargo, formas noticiosas tan añejas como la crónica han evolucionado y revitalizado dentro del ambiente editorial. Asimismo, en este incipiente nuevo siglo, la crónica quedó parcialmente al margen de los grandes periódicos y encontró en libros y revistas especializadas sus principales medios de difusión. En los últimos años se han creado diversas publicaciones cuya temática predominante es precisamente el periodismo literario. Quizá las más destacadas y de mayor difusión sean: *Gatopardo*, fundada en Colombia en el año 2000 y actualmente editada en México, la revista peruana *Etiqueta Negra* creada en 2002 y *El Malpensante* fundada en Colombia en 1996.

Por lo tanto, el renovado estudio del periodismo literario viene impulsado por un reconocimiento del medio, un proyecto editorial, así como por la creación de nuevos premios que buscan promover el género. En 2015, el Premio Nobel de Literatura fue otorgado a la cronista e historiadora bielorrusa Svetlana Alexiévich, premiada por la calidad literaria de su trabajo periodístico. Así como en 2019, la Universidad Autónoma de Nuevo León y la editorial Anagrama crearon el Premio Anagrama de Crónica Sergio González Rodríguez en honor al periodista y escritor mexicano, por mencionar solo dos casos que ejemplifican la influencia mediática en la que se desarrolla actualmente el periodismo latinoamericano.

La actual crónica latinoamericana sirve como ruptura con el discurso noticioso oficial de los grandes medios: televisión, prensa e internet. De ahí que la mayoría de los cronistas actuales se haya formado como periodista independiente, *freelance*, no habituado a seguir la línea informativa de estos grandes medios y, en contraposición, abocándose a cubrir historias marginales, cuyos personajes suelen quedar invisibilizados por la noticia convencional. En el decir del escritor y periodista argentino Martín Caparrós: “Porque la crónica, en principio, también sirve para descentrar el foco periodístico. El periodismo de actualidad mira al poder. El que no es rico o famoso o rico y famoso o tetona o futbolista tiene, para salir en los papeles, la única opción de la catástrofe: distintas formas de la muerte” (610).

Asimismo, el periodismo narrativo cuestiona el estatuto de objetividad, entendido como la presentación de la realidad sin la deformación de la subjetividad humana. Los cronistas latinoamericanos del presente siglo exhiben la pretensión de este tipo de noticia que busca ser la portadora de la verdad: “El lenguaje periodístico habitual está anclado en la simulación de esa famosa ‘objetividad’ que algunos, ahora, para ser menos brutos, empiezan a llamar neutralidad” (Caparrós 610). Lo anterior no significa que la crónica renuncie a la objetividad y la verdad, sino que ahora cuestiona la manera en que se le ha hecho creer a los receptores de la noticia que en el periodismo no interviene la mirada de quien informa.

Algunas características que se encuentran en la crónica latinoamericana del presente siglo se dan a partir de la ruptura que la crónica delimita con las líneas noticiosas “oficiales” o más comunes. El enfoque periodístico se descentraliza: da origen a historias desde una orientación marginal; se invierten los protagonistas de la noticia: los grandes hechos y los personajes, otrora secundarios, en la crónica ocupan un lugar primordial. Lo anterior conlleva al cuestionamiento del principio objetivista: el lenguaje periodístico visibiliza al observador, hace explícita que la realidad que documenta lleva su perspectiva como marca de la narración. En continuidad con el cuestionamiento a la objetividad, se encuentra una nueva interpretación de los valores de verdad: la veracidad de los hechos siempre está condicionada por la distorsión que implica la mirada del cronista.

A esta primera premisa, la que confirma el apogeo actual del periodismo narrativo latinoamericano, le sigue la segunda evidencia: la crónica del siglo XXI sigue una tradición propia y particular; el antecedente inmediato sucede durante la segunda mitad del siglo pasado con los renovadores de la crónica latinoamericana, quienes pertenecen a distintos países. Para el escritor colombiano Darío Jaramillo Agudelo, en su *Antología de crónica latinoamericana actual*, hay tres periodos que preceden el actual ímpetu que vive la crónica latinoamericana: las crónicas de los conquistadores, las de los escritores modernistas del siglo XIX y las que innovaron el género en la segunda mitad del siglo XX: “No cabe duda que con semejantes antecedentes, de García Márquez a Truman Capote, de Monsiváis a Wolfe, de Elena Poniatowska a Oriana Fallaci, estaba dado el caldo de cultivo para que el periodismo narrativo latinoamericano creara sus territorios para desarrollarse y adquirir sus propias características” (14).

Sin embargo, los primeros autores que le dieron un cariz literario a la crónica en nuestro continente fueron el colombiano Gabriel García Márquez (1927-2014), quien en 1955 publica “Relato de un naufragio” en el periódico *El Espectador* de

Bogotá y es editado en forma de libro en 1970, y el argentino Rodolfo Walsh (1927-1977) con la publicación en 1957 de *Operación Masacre*. Es, en este sentido, que proponemos plantear una lectura de las crónicas políticas de Leila Guerriero dentro de la tradición inaugurada por Walsh.

El trabajo del periodista argentino se había limitado, en lo literario, a la escritura de cuentos policíacos (*Variaciones en rojo* de 1953), la traducción y al periodismo cultural; un suceso casi accidental lo puso ante una investigación periodística que cambiaría su vida y el modo en que se escribe la crónica: el resultado de su investigación fue *Operación Masacre*. El reconocimiento de su obra ha sido potenciado por la influencia que ha tenido en la reciente producción periodística de la región. Una de las periodistas que ha resaltado la importancia de la obra de Walsh para el desarrollo de la crónica latinoamericana ha sido la escritora argentina Leila Guerriero: “Walsh, que defendía la idea de que el arte, para ser tal, debía ser político, parecía inmerso en un conflicto irresuelto: cómo escribir ficción incorporando, como lo hacía en sus textos periodísticos, ese compromiso” (“Rodolfo Walsh” XVII). El afán por mezclar política y literatura produjo una nueva forma de crónica, lo que ha propiciado un recurrente fenómeno de acreditar la tradición, como sucede con autores como Ricardo Piglia y Leila Guerriero.

Durante las primeras décadas del presente siglo se ha podido vislumbrar cómo un movimiento editorial busca remarcar su filiación con una tradición, así como revitalizar la vigencia de un corpus que integra dicha tradición. En el decir de Juan Pablo Luppi: “El corpus está formado por fragmentos del proyecto, categoría que indica el conjunto provisorio y abierto de escritura/lecturas englobadas bajo el nombre de autor, sin clasificación de género o soporte” (18). Un corpus walshiano, entonces, estaría integrado por el conjunto canónico de sus obras, de las cuales resaltamos, en primer lugar, *Operación Masacre* y la “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar”, por ser obras en las que la rúbrica política del autor ha sido transmitida con mayor énfasis. De igual manera, el corpus del sistema walshiano lo integra aspectos, tanto textuales como extratextuales:

El corpus de la historia literaria se compone de todos los fenómenos relacionados con la vida literaria de un sector determinado, sea este una nación en el sentido político, un campo lingüístico o interlingüístico, una región, una zona [...] y cualquiera que sea la porción cronológica contemplada, de la más breve a la más prolongada. (Kushner 138)

En el caso de Guerriero, particularmente en sus crónicas de corte social y político, la tensión entre periodismo y literatura se ve atravesada por el contexto histórico-político, por lo que es en esta relación textual que encontramos la mayor adscripción con el corpus walshiano. Esta asociación no se limita, como lo veremos más adelante, a una relectura de la obra del autor de *Operación Masacre*, sino que al suscribirse a una tradición que pone en práctica, dentro de una parcialidad de su propio corpus, una poética periodística emanada de la obra walshiana.

No pretendemos afirmar que la obra de Guerriero se debe leer como subordinada a una poética surgida de la figura de Walsh; la lectura que produce la relación textual se da dentro de un sistema literario que contempla interpretaciones propicias a esta relación:¹ por un lado, la lectura de filiación con un corpus canónico (patente en la introducción de Guerriero a *Operación Masacre*) y también la integración y continuidad de una parcialidad de la propia obra de Guerriero a partir de una poética común. Es posible ubicar rasgos puntuales de esta poética en algunas crónicas de la autora. En “El rastro de los huesos”, la crónica sobre el origen del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), se remite al recuerdo de la última dictadura argentina (1976-1983), mientras que, en *La otra guerra*, donde reaparece el EAAF, se evocan las consecuencias de la guerra de las Malvinas (1982). En ambos reportajes es posible ubicar la necesidad por reconstruir la memoria política de un pueblo a partir de investigaciones periodísticas que privilegian el testimonio para crear la unidad del relato, así como el retrato de una comunidad unida por un pasado violento.

En *Operación Masacre* se encuentran narrados algunos procedimientos extrajudiciales que más tarde resurgieron durante la última dictadura militar que reprimió al pueblo argentino de 1976 a 1983, así como a la violencia ejercida durante los diversos gobiernos represivos presentes en prácticamente toda América Latina. Si bien el contexto de la crónica de Walsh es distinto al de los años que le siguen, el destino del escritor –desaparecido y ejecutado por la Junta Militar en 1977– hace de *Operación Masacre* un texto que anticipa una época turbulenta para todo un continente para el que fueron habituales las técnicas de represión

¹ A partir de autores como Pierre Bourdieu o Edmond Cros, podemos adoptar una noción de sistema literario acorde a un *campo* social en el que se produce la literatura, sus instituciones y prácticas discursivas, así como a sus modos de reproducción dentro del mismo campo: una industria, instancias de legitimación y consagración y procedimientos culturales cuyo fin puede ser la proyección de un corpus dentro de un sistema más amplio (como se da en la interrelación entre literatura argentina y la noción de una literatura latinoamericana).

como secuestros, desapariciones y ejecuciones. En “El rastro de los huesos”, Leila Guerriero continúa narrando la historia con la que cierra trágicamente la vida y obra de Walsh, sólo que a partir de las consecuencias de la primera parte. La crónica de Guerriero sirve como colofón a la historia de Walsh, a la vez que es prólogo de una nueva parte de la historia política latinoamericana: la de la restitución de la identidad y una memoria política justa para las víctimas de los regímenes del pasado.

Operación Masacre de Walsh y “El rastro de los huesos” y *La otra guerra* de Leila Guerriero tienen una continuidad histórica, formal y estilística dentro del género periodístico de la crónica. Entre ambos autores y sus respectivas obras existe una tradición de periodismo narrativo latinoamericano. En este artículo buscamos establecer que Guerriero puede ser considerada una continuadora de la poética walshiana, en obras como “El rastro de los huesos” y *La otra guerra*. No se trata de ninguna manera de un caso aislado, más bien es una poética que mantiene un debate vigente en las letras latinoamericanas.

Rodolfo Walsh: una tradición para el siglo XXI

Rodolfo Walsh, figura y obra, comienza un proceso de canonización dentro del campo cultural de la literatura argentina cuando se rehabilita su obra con la llegada de la democracia en 1983. El legado del escritor irrumpe en la actualidad con cierto influjo sobre autores que han desarrollado su obra en las primeras décadas del siglo XXI.² Uno de los primeros autores en contribuir a la integración del corpus walshiano a la tradición literaria argentina es Ricardo Piglia.

Si Rodolfo Walsh inauguró una tradición en la literatura latinoamericana cabe preguntarnos en qué ámbitos del periodismo y qué alcances tiene este paradigma cronístico y de qué manera se refleja su influencia en las obras de este siglo: ¿Cómo determinamos cuando hay una tradición? ¿Qué influjo tienen la figura y obra de Walsh en la literatura latinoamericana actual?

En octubre del año 2000 el escritor Ricardo Piglia dio una conferencia en La Habana titulada a la manera de Italo Calvino “Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)”. El asunto de la conferencia fue el futuro de la literatura y la literatura del futuro en Latinoamérica: ¿cómo contribuir al futuro de la

² “Luego de la represión estatal que censuró su obra y cometió su asesinato en 1977, Walsh fue ‘recuperado’, reivindicado como intelectual comprometido mediante el periodismo de investigación, la literatura testimonial y la militancia política, en vinculación con las construcciones de memoria inmediatas al retorno democrático a fines de 1983” (Luppi 18).

literatura desde Latinoamérica? Es desde esta perspectiva a la vez finisecular como desde los albores del presente siglo que Piglia se pregunta “¿qué tradición persistirá?” (81).

Piglia basa sus propuestas en Rodolfo Walsh, tanto en su figura de intelectual como en su obra. Lo que en suma propone es una poética para el siglo XXI inspirada en el autor de *Operación Masacre*; las tres propuestas irán en consonancia con su lectura de la época, el fin de siglo, el fin de una época en la que una tendencia sobresale históricamente: la maximización del desarrollo científico, su alianza técnica y tecnológica, bajo el amparo de la tecnociencia, que a la vez propicia la pauperización de la experiencia humana. Lo anterior demanda necesidades específicas para una poética del nuevo siglo. Para Piglia, Walsh encarna una poética opuesta a los empeños por devaluar el racionalismo moderno. Así, el conjunto de propuestas: verdad, desplazamiento y claridad, son condiciones para expresar la verdad social, y es que, para el escritor argentino, al inicio del siglo XXI existe la necesidad de llegar a un acuerdo mundial en el manejo de los valores comunes y principios éticos universales que sirvan de base para fomentar un proyecto racional. Lo que Piglia parece encontrar en la literatura lo obliga a remontarse a Walsh para poder contar con un paradigma de las propuestas para el nuevo siglo:

Para empezar a plantearnos la cuestión de cuáles serían esas propuestas y por dónde empezar, me gustaría comenzar con un relato de Rodolfo Walsh, incluso con su figura, que para muchos de nosotros funciona como una síntesis de lo que sería la tradición de la política hoy en la literatura argentina, por un lado, un gran escritor y al mismo tiempo alguien que como muchos otros en nuestra historia, llevó al límite la noción de responsabilidad civil del intelectual. (82)

La lectura que hace Piglia es, a la vez, conclusión y preámbulo de la importancia del autor de *Operación Masacre* para la literatura latinoamericana del siglo XXI. En primer lugar, coloca a la verdad, un valor opuesto a la ficción, pero que para Piglia denota la compleja relación que establece una sociedad con su literatura y lo que representa:

Se trata de ver cómo un escritor inventa su tradición, cómo la construye a partir del lugar desde el cual escribe y cómo lee desde ahí. Esa lectura es,

por lo tanto, una guerra. Porque leído en el contexto equivocado, un texto cae. Y la lucha entre los escritores no es nada más que eso. Cuando se dice que un texto no vale nada, lo que se dice en realidad es 'ese texto no corresponde a mi poética'. (*Las tres vanguardias* 46)

Para el sociólogo francés Pierre Bourdieu, la hegemonía de ciertos estilos e incluso la noción de gusto está enclavada en las condiciones históricas y sociales de producción en las que se inscriben las obras que encuentran amplia aceptación durante determinada época: "Cuando el libro llega a un lector, está predispuesto a recibir marcas que son históricas. La oposición entre ficción y no ficción es una de esas oposiciones históricas" (*El sentido social* 268). Una crítica literaria sociológica nos invita a revelar las ideologías de clase, económicas y sociales que constituyen el código interno de las obras en tanto mercancías con un uso y valor sociales, dispuestas a legitimar una concepción de cultura y arte con pretensiones universales, pero que de ninguna manera están exentas de estar predeterminadas por un campo intelectual.

Por su parte, una sociología de la lectura nos permite, entre otras cosas, develar las relaciones que, desde otros enfoques, quedan ocultas. Para Bourdieu, esto se evita, la mayoría de las veces, para soslayar la lastimosa tarea de tener que reconocer que detrás del arte y la literatura trabajan ideologías que, de hecho, en el caso de esta última, implican reconocer que antes de la percepción estética, los autores y sus obras han pasado por una criba de selección en la que las variables muchas veces son ajenas a lo literario: la nacionalidad, la raza, la edad, el potencial mediático, entre otras. Porque la construcción social de una obra determina su potencial de apropiación de la verdad y con esta su poder simbólico dentro del campo de valores sociales y culturales. En el decir de Bourdieu: "Para comprender una obra hay que comprender primero la producción, el campo de producción; la relación entre el campo en el cual ella se produce y el campo en el que es recibida o, más precisamente, la relación entre las posiciones del autor y del lector en sus campos respectivos" (*El sentido social* 15).

Tanto el concepto de campo intelectual como el de industria cultural, refieren a un sistema bien estructurado en el que conviven instancias que persiguen la legalidad de sus medios: "Instancias específicas de selección y consagración" (Bourdieu, "Campo intelectual" 242). En el campo de la literatura, las editoriales se convierten en las instancias de legitimación y de selección de las obras destinadas a la comercialización: "La existencia de un 'mercado literario y artístico' hace

posible la formación de un conjunto de profesiones propiamente intelectuales” (247). La industria cultural permite la existencia de un sistema de creación artística autónomo y bien organizado. El medio industrializado también tiene sus instancias de consagración: el premio editorial representa la comercialización del escritor y su reconocimiento. Volviendo a la política de selección, esta puede ser descrita, pero no sin los riesgos que las etiquetas conllevan. Para Bourdieu “las instancias legítimas de legitimación” son las universidades y academias (266). El equilibrio de fuerzas del campo cultural consiste en que cada sistema que lo integra lucha por el monopolio de legitimidad; esto permite que el campo cultural mantenga cierta estabilidad de sus sistemas. Los premios y reconocimientos son intentos de monopolizar la consagración dentro del campo. A la par de estos, pero de manera marginal, están los mitos personales del artista; es decir, lo que él mismo, o el sistema literario, hace para lograr la consagración en la industria.

Ahora bien, ¿en qué momento empieza la disputa por un legado? ¿Cuándo sabemos que ha llegado el momento de la ruptura, del cuestionamiento hacia los orígenes? El periodismo literario, con la crónica como su género paradigmático, se define previamente en el desarrollo de su campo cultural; es decir, que la definición de crónica, antes de encontrarla en su repertorio retórico y estilístico que la lleva a portar el apelativo de literaria, la debemos encontrar en la manera en que esta se inserta en un medio e industria culturales: en cómo se mercantiliza. Por lo tanto, es menester analizar la relación de la figura del periodista con los medios para entender el contexto del periodismo narrativo latinoamericano.

Una tendencia que se ha acentuado durante las primeras décadas del siglo XXI es la amplitud en el campo editorial del que ha gozado el periodismo narrativo latinoamericano, en particular el género cronístico. Los espacios que han ampliado el lugar de la crónica son los medios de comunicación, en particular el surgimiento de revistas especializadas, y la publicación de libros. A esto hay que añadir la publicación de crónicas en medios digitales. El florecimiento del periodismo a través de internet ha masificado su lectura en todas partes del mundo: la difusión masiva prepara un mercado y su legitimación dentro del campo intelectual. Para la investigadora Mónica Bernabé: “A partir de su inserción en el periodismo como mercancía, la crónica cumplió y cumple funciones decisivas en el campo cultural y literario. Podríamos decir que es un doble recurso: al mismo tiempo que representa la posibilidad de un ingreso de dinero es una estrategia para forjar un nombre de autor” (2). Quizá como nunca en la historia, los intelectuales se encuentran inmersos en la lógica de producción de bienes de consumo y en el

proceso eventual de circulación y consumo de dichos bienes. Asimismo, hay premisas que refuerzan la noción de campo intelectual en relación con el periodismo narrativo: la conformación de un grupo de autores convocados alrededor de un autor consagrado como García Márquez, la posterior creación de la Fundación Gabo y la conquista del medio editorial, todas instancias de legitimación, consagración y de proyección mediática.

Siguiendo esta perspectiva, es válido aducir que la tensión entre literatura y periodismo tiene uno de sus primeros criterios de demarcación en un sistema de clasificación implícito:³ significa que la definición de literatura ya está determinada en el momento de recepción de un texto. Este sistema de clasificación lo integran diversos elementos que se anticipan a la lectura, pero resulta que, de hecho, ya constituyen la primera codificación de una obra: dichos elementos van desde la portada, el diseño, las reseñas y los paratextos.

A partir de lo anterior, nos proponemos demostrar las instancias en las que los corpus tanto de Walsh como Guerriero se integran bajo una tradición, un campo cultural y producto en común (la crónica), así como determinar los elementos que facilitan la identificación de esta relación.

Leila Guerriero y la tradición de la crónica walshiana

Leila Guerriero es una periodista, escritora y editora argentina. A pesar de no contar con una formación académica en el periodismo –“Acá la carrera de periodismo empezó en 1984 con la democracia. Cuando entré en la Universidad de Buenos Aires la carrera era muy incipiente” (Guerriero, “El periodismo” 117)– no duda en reafirmar su pertenencia al oficio de periodista y lo remarca en varias oportunidades. “Periodista”, así se presenta en *Zona de obras*, una antología de ensayos y textos teóricos sobre el oficio periodístico y la ocupación de escribir. El ejercicio teórico de reflexionar sobre qué impulsa la escritura, cuáles son sus alcances y propósitos ha ido a la par de su carrera periodística.

Guerriero comienza su carrera en el suplemento *Página 12* y posteriormente como redactora de *Página 30*:

³ “Un libro jamás llega al lector sin marcas. Está marcado en relación con sistemas de clasificación implícitos, y uno de los roles de la sociología de la lectura es intentar descubrir el sistema de clasificación implícito que los lectores ponen en práctica para decir: este libro es ‘para mí’ o ‘no es para mí’, ‘demasiado fácil’, o ‘fácil’, etc.” (Bourdieu, “Campo intelectual” 268).

Empecé como redactora en la revista en la que todo el mundo quería escribir. Nada más llegar me encargaron una nota muy larga con muchas aristas. Digo, no me encargaron hacer la lista de espectáculos del fin de semana. Allí trabajaban, entre otros, Eduardo Blaustein o Rodrigo Fresán. Eran periodistas y escritores súper asentados. Martín Caparrós y Alan Pauls habían dirigido *Página 30*. La revista reunía un montón de firmas increíbles y ahí estaba yo. (“El periodismo” 117)

Desde entonces, Guerriero ha desempeñado el oficio que abrazó casi por casualidad desde una libertad que no concede limitaciones, que rechaza la comodidad y el conformismo, así como la familiaridad que podría ofrecer la redacción de un periódico o una revista, incluso la que provee la academia universitaria. No solo investiga y narra, sino que se ha dedicado a pensar la no ficción en un sentido amplio en diversos ensayos. Además de crónicas escribe columnas en el diario *El País*, algunas de las cuales han sido antologadas en el libro *Teoría de la gravedad*.

Asimismo, es notable mencionar el texto “Rodolfo Walsh, o cómo no ser el hombre cualquiera” que sirve de introducción a la edición de *Operación Masacre* de la editorial española Libros del Asteroide. La relectura de Leila Guerriero es el punto de partida de su propuesta para dar continuidad al modelo periodístico de Walsh. Su interpretación se basa en la filiación al género periodístico que considera históricamente a Walsh como un precursor: “Más que una obra de autor o la identidad de un clásico, el proyecto que abarca el nombre de Rodolfo Walsh constituye una red textual que funciona en un régimen de relectura” (Luppi 17).

Los suicidas del fin del mundo: Crónica de un pueblo patagónico es la obra que inaugura la carrera de Guerriero como periodista narrativa; con alrededor de diez años de experiencia en el oficio, la cronista viaja a la población patagónica de Las Heras, una localidad petrolera de paisaje árido en la que, a fines del siglo XX se registró una ola de suicidios sin aparente conexión. En *Los suicidas del fin del mundo* se narra cómo algo perturbador y trágico ocurre en una pequeña sociedad sin que alguien pueda hacer algo para evitarlo. Guerriero hace énfasis en la indiferencia ante la tragedia. No se enumeran las causas o explicaciones exhaustivas, sino que se suceden las historias, en distintas voces, experiencias aunadas por un ambiente asfixiante, donde la ilusión por un futuro mejor consiste en dejar la localidad. Las Heras es una suerte de pueblo maldito, pueblo fantasma

siempre a punto de terminar perteneciéndole al polvo, del que todos quieren salir, pues abandonarlo es augurio de un dichoso porvenir.

La crónica de Guerriero suma elementos del reportaje y la información del dato duro: datos estadísticos, concretos, contrastables con fuentes fidedignas. Al mismo tiempo, el dato duro cohabita con la empatía de la periodista. La empatía es un rasgo fundamental de su reporteo y se percibe en su repertorio cronístico: con los habitantes de Las Heras, el pueblo patagónico de *Los suicidas del fin del mundo*, con el campeón de malambo Rodolfo González Alcántara en *Una historia sencilla*, con las madres y familiares de los soldados cuyos cuerpos quedaron en las islas Malvinas en *La otra guerra*. Uno de los momentos en que se refleja esta empatía con sus entrevistados es cuando algunos habitantes de Las Heras comienzan a hablar sobre las arbitrariedades que cometen los porteños, con respecto a la gente del interior. No es la primera persona del discurso la que lo pronuncia, pero utiliza esta voz para decir a través de un testimonio ajeno, aquello con lo que está de acuerdo:

Ustedes los del Norte vienen, se llevan lo mejor, y los que vivimos y aguantamos acá somos nosotros. El que se va de la casa a las cinco de la mañana para ir al campo soy yo, no usted. Usted prende la luz y tiene luz. Prende el gas y tiene gas. Naty me hizo un gesto: que estaba borracho, que no le hiciera caso. A mí me pareció que así, en bruto, al tipo no le faltaba razón. (71)

En *Los suicidas* se puede apreciar un distanciamiento de la cronista que le da una perspectiva adecuada para retratar la repetitividad cotidiana en la que se inserta la tragedia; la autora es una testigo privilegiada y cercana de aquello que ocurre. Así como sabe marcar distancia con respecto a los personajes, sabe crear empatía y, de pronto, derribar las barreras que su posición reclama. La empatía, como un sello distintivo de su obra es la representación de su particular vínculo con los personajes de la historia. Así ubica la periodista la relevancia de esta frontera para el periodismo narrativo:

El periodismo de investigación intenta sacar a la luz algo que no quiere ser revelado. Dentro de esa línea se ubican las investigaciones por los Panamá Papers o los WikiLeaks. El periodismo narrativo, en cambio, apunta a otro lado y su reto más grande es responder a la pregunta sobre el por qué. No

trata de sacar a la luz algo que no quiere ser revelado sino de establecer una discusión compleja acerca de un tema. (“Voltios” s.p.)

Las referencias subjetivas caracterizan al género cronístico a partir de la utilización de la primera persona, sin embargo, en sus crónicas Guerriero poco aporta sobre su identidad. Si algún hilo queda en evidencia de su entramado es que se trata de una cronista que busca comprender la particularidad de un mundo. En contraposición, podemos resaltar el cambio de actitud que existe en sus columnas, donde se libera completamente de los límites despersonalizados de la crónica para constantemente reivindicar una voz lírica:

Aquí yo, otra vez, arrastrándome en el pantano de los rotos o flotando feliz entre la euforia de los vivos, idéntica a mí, la muy sincera, la muy falsa, la esquiva, la insensible, la mísera, la idiota, la astuta, la excesiva, la austera, la retrógrada, la feminista, la jurásica, la iracunda, la violenta, la agresiva, la suave, la tan suave, aquí yo, yo, yo, la egocéntrica, la Narcisa, la modesta, la muy humilde. (*Teoría* 5)

En sus columnas, sus ensayos y discursos, la voz de Guerriero se personaliza y construye su propia identidad; así la subjetividad contenida en sus reportajes de largo aliento encuentra momentos de desahogo en sus columnas y ensayos. No obstante, en la crónica es viable encontrar una identidad transfigurada en los otros; la cercanía del género cronístico con la subjetividad del periodista hace que la autora comparta plenamente su vida a partir de las vidas que comparten sus experiencias con la autora. La empatía, característica de la periodista, propicia una transfiguración de su propia vivencia como periodista que se compromete con la historia que está compartiendo a través de su mirada. En cambio, en sus ensayos y en sus columnas es donde más emerge la primera persona, los recuerdos de su infancia, la educación e influencia de su padre en sus primeras lecturas, la influencia de su abuela alemana, el suicidio de una amiga de la infancia.

La crónica es el género elegido para reservar su voz, connotar la mirada periodística y afinar la empatía –la mirada inquisitiva hacia esos personajes marginales– que está siempre presente en las crónicas de Guerriero. La cronista recoge los testimonios, las frustraciones y los sueños de estas personas atravesados por los obstáculos que impone el sistema político y económico, así como la sociedad, que es mucho más que un escenario o un telón de fondo. El

escuchar es más que un requisito de la investigación: significa la oportunidad para sus entrevistados de ver renovada su identidad en el marco de una historia que da coherencia a sus vivencias. El hecho de poder encontrarse en los diarios, en una publicación, en las noticias, esa visibilidad, de alguna manera, los rescata del olvido, les devuelve la dignidad a esos habitantes. Son estos personajes los que cobran protagonismo en el género cronístico. No son protagonistas mediáticos, sino personajes pedestres, pero con una complejidad individual, que luchan sus batallas cotidianas para sobrevivir.

Lo categórico en las crónicas de Guerriero sobre la construcción de la identidad es la política de la memoria que parece ser la experiencia reconstructiva de las personas, especialmente la experiencia dentro de las estructuras sociales que generan injusticia; asimismo, la crónica propicia la posibilidad de una alternativa compartida, auténtica y autodeterminada de fundar una identidad compuesta: la individualidad cobra sentido al insertarse dentro de una colectividad.

En noviembre de 2008 Guerriero publica en el suplemento *Babelia* del diario *El País* el artículo “Rodolfo Walsh o cómo no ser el hombre cualquiera”, que más tarde será publicado como prólogo. Este se centra en la metamorfosis que experimentó Walsh y que lo situó en medio del periodismo de investigación; sobre cómo el periodista cultural, escritor de ficción policiaca, se transformó en el periodista político y militante de Montoneros, organización de izquierda revolucionaria: “La política no era su preocupación, la justicia no era su prioridad y el periodismo de investigación no era su interés” (XIII). Lo que le interesa indagar a la periodista argentina es saber qué propició esta transformación en el periodista, porque en la naturaleza de este cambio está la génesis de *Operación Masacre* y del modelo cronístico walshiano.

Para Guerriero, Walsh es un modelo del profesionalismo periodístico, ya que personifica la responsabilidad y el rigor en la investigación, que son las repercusiones que implica aceptar un oficio que sólo se puede ejercer como una tendencia de vida. Lo que convierte al cuentista policiaco en el periodista político es el impacto que transmiten sus palabras al enfrentar la violencia y al conocer a las víctimas: “Hay un sentimiento básico de indignación, de solidaridad frente a tanta injusticia” (XIII). En Walsh, Guerriero reconoce la tarea principal del oficio periodístico: compartir la vida de los otros. De igual manera, tal como sugiere en su interpretación, lo que impulsa una investigación como *Los suicidas del fin del*

mundo es el interés por conocer al otro, al que, mediante la narración periodística, se busca reinsertar en el plano de una colectividad.

Es así como Guerriero reitera en su prólogo que leer a Walsh es suscribirse a una forma de hacer y entender el periodismo. La lectura de Guerriero opera dentro del sistema walshiano como un nuevo refuerzo en la rehabilitación del autor en el presente siglo; tiene la función de restituir una tradición viva dentro de un movimiento editorial vigente. Por lo tanto, la introducción a *Operación Masacre* tiene una doble función: opera tanto en la interpretación de una tradición que es susceptible de ser leída como antecedente y refuerzo teórico de un proyecto editorial y, asimismo, como piedra angular en la formación y consolidación autoral de la periodista al adscribirse a una poética y, también, el anticipar los criterios interpretativos de una parte de su propio corpus periodístico. De forma consciente o no, todo autor que escribe sobre otro, si no pide, abre la puerta para ser relacionado como influencia con dicho autor:

La conjugación de lectura y escritura procura cuestionar los registros teóricos estabilizados como valor, incluir como parte del objeto de análisis los protocolos autorales y los énfasis en la recepción y aportar, al estado de una cuestión que parece resuelta, la indagación de zonas textuales más o menos relegadas por la consagración póstuma. (Luppi 19)

Las obras dialogan a través de afinidades temáticas, estilísticas, culturales, políticas. Guerriero ofrece una relectura de Walsh y al ponderar y suscribir el modelo periodístico del autor se inserta ella misma en la tradición de dicho modelo como una continuadora, de hecho:

La escritura de Walsh formula matices diversos de esas relaciones situadas en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX: actualiza tensiones culturales tramadas en la constelación maleable de formas y usos de la lengua nacional, inventa tradición en sus vinculaciones con la red intertextual y modifica el estado de la crítica por su funcionamiento en la instancia de recepción. (Luppi 19)

Aquello que Walsh ya no pudo seguir narrando personalmente es lo que puede, a través de las relaciones textuales, dar continuidad a su poética, la cual permite hacer una lectura de textos contemporáneos como relacionados con una tradición.

Así podemos hablar de una lectura activa: que interpreta a la vez que reproduce los principios (éticos y metodológicos) en su propia escritura periodística.

El énfasis del periodismo producido después de *Operación Masacre* está puesto en el proceso de investigación. A partir de una lectura detenida de su obra es que surgen algunos rasgos de este proceso que en el autor argentino resultan pertinentes para su estudio: El trabajo de campo. Sin tener un conocimiento formal sobre el reporteo periodístico, Walsh se adentra, impulsado por la historia que tenía ante sí. En la recopilación de testimonios yace quizá la gran lección profesional adquirida por Walsh en el proceso de investigación de *Operación Masacre*: el acercamiento a los otros, el descubrimiento de la intersubjetividad que construye la narración. El cronista describe su impresión sobre el descubrimiento de vivencias ajenas, y el impacto que puede tener una crónica de denuncia se basa, principalmente, en la transmisión de esta impresión.

Por su parte, el compromiso político, desde que comienza el periodo del periodismo político y hasta el final de su vida, es para el escritor argentino una constante que no abandonará: el de sus convicciones políticas. Estas, sin embargo, no se pueden ubicar simplemente en las filiaciones partidistas, en el peronismo, el sindicalismo, la guerrilla montonera, sino que hay que situar el eje central del compromiso político de Walsh en la transmisión de la indignación producida a partir de la violencia y la injusticia, además de la activación de la propia conciencia política en el receptor de la noticia. Encontramos, entonces, en los textos periodísticos posteriores a *Operación Masacre* registros de esta indignación. Anticipándose a la consigna del historiador y periodista Ryszard Kapuściński, según la cual todo verdadero periodismo está comprometido, el de Walsh es un periodismo orientado a producir un cambio en sus lectores, para ello, el autor no esconde su militancia, sino que la hace evidente.

En gran medida, lo que conocemos sobre el trabajo de campo de Walsh lo sabemos gracias a los cuadernos de investigación y algunos papeles personales salvados. Gracias a la *Historia de una investigación* de Enriqueta Muñiz⁴ podemos conocer los detalles de cuando, por ejemplo, Muñiz y Walsh recorrieron el terreno

⁴ Walsh reconoce el indispensable trabajo de Muñiz desde una de las primeras ediciones de la obra; se trata de la versión que publica Continental Service en Buenos Aires en 1959. Un ejemplar de esta edición fue el que le dedicó el propio Walsh a Enriqueta Muñiz –“A Enriqueta. ‘Para que sepan, si hay alguna duda’”– además de la consabida gratificación que se encuentran en las otras ediciones de texto: “Desde el principio está conmigo una muchacha que es periodista, se llama Enriqueta Muñiz, se juega entera. Es difícil hacerle justicia en unas pocas líneas. Simplemente quiero decir que si en algún lugar de este libro escribo ‘hice’, ‘fui’, ‘descubrí’, debe entenderse ‘hicimos’, ‘fuimos’, ‘descubrimos’” (Walsh, *Operación* 11).

por el que Livraga huyó herido: “Seguimos caminando unas doce cuadras por la polvorienta carretera. Yo iba un poco abstraída pensando en el viacrucis de nuestro héroe, caminando aquella distancia con una bala en el rostro, escupiendo sangre, medio muerto de miedo” (90). Es así como el origen del reportaje parte de esta suerte de diario de campo propio de las metodologías etnográficas.

De esta manera, hay que agregar uno de los primeros pasos en el proceso de investigación de Walsh: acceder al lugar de los hechos. Para el periodista argentino era fundamental conocer los espacios que conforman una historia; para él, la investigación exigía desplazarse a lugares a los que por propia voluntad no se llega: “Es difícil evaluar el riesgo; pertenece un poco al mundo de la fantasía, a las imaginaciones que cada uno se haga. Con *Operación* tomé muchas precauciones para no correr riesgos” (*Ese hombre* 145). Walsh, entonces, era consciente de que el riesgo no pasa inadvertido ni responde a las expectativas del periodista.

En el caso de Leila Guerriero, la tensión entre periodismo y literatura se ve atravesada por la presencia de la historia política. Como ya anticipábamos, en “El rastro de los huesos”, el EAAF exhuma historias ligadas a la última dictadura, así como a la guerrilla. En *La otra guerra*, el nexos con el pasado es la guerra de Malvinas, un conflicto que pretendió ser el último intento de la dictadura para reconectar el ánimo popular del país. Esta filiación con la historia política argentina también brinda la posibilidad de ubicar ecos con la obra walshiana.

Debemos resaltar algunas etapas en el proceso de la escritura periodística de Guerriero que, a nuestro juicio, contribuyen en destacar el nexos político con la historia. Para la periodista, los tiempos de la crónica son pasado y presente: ¿cuál es el pasado que produjo este presente? Pasado, que es la historia que se cuenta, y presente, el tiempo en que se escribe, lo cual forzosamente implica una reflexión sobre la utilidad del pasado para el presente. Asimismo, lo principal es la historia en conjunto, no una o varias personas, sino el relato coral. En la recopilación del testimonio, por lo tanto, la tarea es escuchar sin juzgar, tener un acceso amplio a los protagonistas y escuchar sin prejuicios.

La periodista resalta la sensibilidad como requisito para escuchar, pero también es necesario poder estar escindido de los sentimientos de las personas. La apertura hacia un mundo ajeno puede resumir la actitud del cronista. En este sentido existe un paralelismo con la actitud de Walsh: “*Operación Masacre* cambió mi vida. Haciéndola, comprendí que, además de mis perplejidades íntimas, existía un amenazante mundo exterior” (*Ese hombre* 15). El cambio hacia el periodismo y

la política se dio desde su propia conciencia; la de adquirir un sentido de la relación con el otro, de superar una actitud solipsista y abrirse al mundo como ser social: “Recuperar la verdad del pueblo, de las masas, que es más importante que la de los individuos” (177).

Guerriero retoma algunos preceptos periodísticos de Rodolfo Walsh: puntualmente, la historia de la insurrección contra la Revolución Libertadora, de los fusilamientos ilegales en José León Suárez, de la investigación, para poner énfasis en el proceso de organizar la información: “Después, cuando llegó el momento de contar la historia, Walsh echó mano de todas las técnicas de la literatura policial, que conocía tan bien: esparció intriga, suspenso, descripciones minuciosas, estructura coral y un lenguaje parco, escueto” (*Zona de obras* 38). Las fases en el proceso de investigación que Guerriero percibe en *Operación Masacre* son las que ella misma utiliza y recomienda en sus textos y conferencias.

Así pues, la mirada, la importancia de estar y convivir con los otros, todo lo que conforma el proceso de investigación ha de derivar en las múltiples formas de narrar la recomposición social y sus representaciones históricas. El filósofo Paul Ricoeur aseveraba, a propósito de la relación entre literatura e historiografía que “gracias a su mayor libertad respecto de los acontecimientos realmente ocurridos en el pasado, la ficción despliega, respecto de la temporalidad, recursos de investigación prohibidos al historiador” (366-367). Asimismo, es que se establece una analogía para la relación entre literatura y periodismo narrativo: el periodista tiene vedados los territorios de la ficción, pero de antemano sabe que la crónica permite una libertad de recursos que pueden enriquecer la transmisión de la experiencia que se está exponiendo.

De la obra publicada por Leila Guerriero sobresalen las piezas periodísticas en las que se reivindica los rescates orales de personajes emparentados por un trasfondo histórico común. Tanto en “El rastro de los huesos” como en *La otra guerra*, el acento se coloca en la reconfiguración de un presente que está indisolublemente conectado con el pasado. Es, en este sentido, que se da la mayor influencia de la obra y la figura de Rodolfo Walsh en el trabajo de la periodista argentina: dentro de su propio repertorio retórico, la crónica se resuelve en lograr resaltar el rescate oral de sus protagonistas. “Walsh no escribió lo que escribió para pavonearse de lo que podía hacer con el idioma. Escribió como escribió porque quería producir un efecto. Quería que, en la tranquilidad mullida de su sala, un lector se topara con esa realidad y que esa realidad le resultara insoportable” (Guerriero, *Zona de obras* 39).

Entonces, el periodismo narrativo en la tradición de Rodolfo Walsh se enfoca en el conjunto de recursos que acompañan la tarea testimonial de la crónica: “una historia, cualquier historia, tiene como destino posible la gloria o el olvido. Y la clave no está en el cuento que la historia cuenta, sino en cómo lo cuenta” (Guerriero, *Zona de obras* 56). La crónica, no puede estar contada con frivolidad, sino que depende de producir un efecto en el receptor, y para lograrlo, la periodista recurre al repertorio que abreva de la literatura, como lo hiciera Walsh en *Operación Masacre* aprovechando los recursos, de antemano conocidos, de la literatura policiaca. “Cuando llegó el momento de contar la historia, Walsh echó mano de todas las técnicas de la literatura policial, que conocía tan bien: esparció intriga, suspenso, descripciones minuciosas, estructura coral y un lenguaje parco, escueto” (38).

El modelo periodístico que brota de *Operación Masacre* consistiría en repetir la experiencia de transferencia producida en el encuentro de primera mano: hacer que el lector se aproxime a la misma indignación que el periodista sintió al recibir el relato; la propuesta que sigue la tradición de Walsh y continúa Leila Guerriero es la de un periodismo que conjuga arte literario y testimonio para entablar con los lectores una comunidad intersubjetiva que mantiene vivo un reclamo original. Este procedimiento es emulado en la introducción a *Operación Masacre*: su propósito es presentarnos al escritor en el instante en el que el periodista cultural y escritor policiaco se encuentra con la historia que lo va a transformar en el periodista militante, el escritor político. El punto de no retorno, es una frase escuchada en un café de Buenos Aires el 18 de diciembre de 1956: “hay un fusilado que vive”. En junio de ese mismo año, un grupo de militares se rebeló contra el gobierno de la Revolución Libertadora. “Los generales Eduardo Lonardi y Pedro Aramburu y el almirante Isaac Rojas derrocan al presidente Juan Domingo Perón, que se exilia en Paraguay. Comienza la persecución contra el peronismo, con fusilamientos, torturas y represión política incluidos” (Roitman 127). La insurrección fue reprimida por el gobierno mediante diversas ejecuciones ilegales, incluida la de un grupo de amigos que se había reunido para escuchar una pelea de boxeo. El 9 de junio de 1956 fueron secuestrados 13 hombres, llevados hasta un basurero en donde los fusilaron; sin embargo, y contra toda lógica, siete de ellos sobrevivieron.

Cuando Walsh escucha casi inadvertidamente la frase “hay un fusilado que vive”, la relevancia de la información resaltaba el valor del testimonio: la confirmación de que una persona dada por muerta vivía, por lo tanto, existía la posibilidad de recoger un relato como el de aquél que vuelve de la muerte y se

espera que tendrá alguna revelación sobre una experiencia límite. “Hay un fusilado que vive” representó también la posibilidad de conocer una versión de la verdad ante un evento que se intentó silenciar con violencia; conocer de primera mano esa historia que, en otras circunstancias, le estaría negada, será el acicate que requiere el periodista para transformar el cauce de su existencia: ir en busca de la experiencia que otros quisieron ocultar. “El hombre que hasta diciembre había sido periodista cultural y traductor fue, de pronto, esto: alguien que, para seguir con esa investigación, cambio de identidad, consiguió cédula falsa y un revólver, se fue de su casa” (Guerriero, “Rodolfo Walsh” XIV).

Para Walsh, sin embargo, la denuncia política va a ser incompatible con el arte literario. Lo que justifica la simbiosis periodismo-literatura es el trabajo de investigación documental y, principalmente, el testimonio: “su talento para el registro del habla popular, su mirada impiadosa y la elegancia lesiva de su prosa adquirieron niveles atronadores” (Guerriero, “Rodolfo Walsh” XVII). En la *Carta a mis amigos*, Guerriero percibe otra cualidad que ha de tener el buen periodismo narrativo: la capacidad de comprender hasta el perfil más irracional de la violencia política: “llevó al extremo el arte del buen periodista: el que puede entender incluso eso: el que puede entender hasta que duela” (XVIII).

El legado del periodismo narrativo de Walsh radica, en términos formales, en la revaloración del testimonio y la oralidad como peso específico en la construcción de una narrativa enfocada en colectividades, cuya principal función es refundar un presente a partir de experiencias históricas. Podemos aducir que la influencia del periodismo walshiano se basa en el intento narrativo de transmitir la experiencia originaria de manera más fidedigna. Para la investigadora argentina Mariana Bonano, la fidelidad que busca el periodismo narrativo implica la desarticulación de una noción de realidad anquilosada por un presupuesto de objetividad que prescinde del factor subjetivo: “Al poner como objeto la propia subjetividad, pueden desarmar lo *real instituido* para cuestionar las convenciones discursivas del periodismo noticioso, paradigma encarnado en las fórmulas de la neutralidad y de la despersonalización narrativa” (102).

Lo que la periodista argentina enfatiza en la figura y obra de Walsh es la apuesta por un periodismo que es resultado de un cambio profundo tanto en las convicciones personales como profesionales del autor, una redirección en sus perspectivas y aspiraciones existenciales. Dicha transformación es producida por una transferencia en la que el testimonio de las víctimas de la violencia apela al periodista a una nueva toma de postura: “La construcción identitaria del ‘otro’,

puesta en relato por la cronista, funciona al mismo tiempo como posibilitadora de la puesta en objeto de la identidad propia” (Bonano 6).

El modelo walshiano de periodismo tiene dos directrices principales: el rigor en la investigación y la prioridad de la empatía ante el testimonio de las víctimas. Ambas pautas pueden ser encontradas en el estilo periodístico de Leila Guerriero, principalmente en las crónicas y reportajes citados. Walsh de antemano sabe que el periodista busca una verdad que no se abarca en las cifras, que no aspira solamente a la precisión de los datos, sino que su materia prima son las vidas de los otros, con toda la riqueza, complejidad y contradicciones que puede contar alguien que sobrevivió a una masacre.

1956 es el año en que Walsh se encuentra con la historia que cambia su vida: la investigación del “caso Livraga”. De enero a marzo de ese año publica notas para *Revolución Nacional* de lo que más tarde se conocerá como *Operación Masacre*. (“Yo también fui fusilado”). El epígrafe de la nota ya anticipa el tono no sólo del artículo, sino de lo que será el libro en conjunto: “La odisea de un obrero argentino víctima de criminal vesania evidencia la corrupción, el desorden y la irresponsabilidad del aparato represivo del Estado” (Walsh, *El violento oficio* 39). La meta de la investigación de Walsh es saber quién da las órdenes y el procedimiento que dictó el gobierno de Aramburu para fusilar. En este marco ocurrió una matanza en los basurales de José León Suárez, en Buenos Aires, donde un grupo de civiles fue masacrado. Walsh parte de un dato, la existencia de un sobreviviente llamado Juan Carlos Livraga y, a partir de él, comienza a construir los hechos de aquella noche. Acude a las voces, a esas fuentes, y así puede tejer lo ocurrido y denunciar este hecho aberrante. Un grupo de personas miraba una pelea de boxeo en el barrio de Florida, en las afueras de la ciudad de Buenos Aires. Tres de ellos eran militantes peronistas. Un comando militar detiene a todos en busca de colaboradores de la revuelta de Valle, los secuestra, los lleva a un descampado y los fusila. Mueren cinco de ellos y el resto logra sobrevivir y contar su historia.

Walsh se adentra en aquel mundo con un enfoque compasivo hacia los sobrevivientes, no carece de objetividad, sino que esta se encuentra comprometida con encontrar la verdad, y para esto tiene que escuchar la voz de la mayoría de los testigos. En *Operación Masacre*, recurre a la pluralidad de voces, no con un fin literario de antemano impuesto, sino a partir de una necesidad interna de la historia que iba entretejiendo: la necesidad de dar voz a las víctimas, a los sobrevivientes, pero también para contrarrestar sus testimonios con las dificultades

judiciales que entorpecen el acceso a la justicia. En la narración, el primer sobreviviente del que tiene noticia es Livraga, Walsh, sin embargo, busca que no destaque un protagonista por encima de los demás para así conformar un relato coral en el que cada capítulo de la primera parte se centre en algún personaje (Livraga, Giunta, Gavino, Lizaso). Lo anterior produce que en *Operación Masacre* el verdadero protagonista es la colectividad que representa al pueblo.

Como ya hemos visto, Walsh era un periodista cuyo motor era la militancia misma, para él no tenía sentido hacer periodismo desde una neutralidad ante los hechos. Walsh ya intuía que la mirada que impone el periodista está basada en otro tipo de objetividad que la de los principios realistas, una objetividad comprometida con la verdad. Entonces, esta supuesta ausencia de objetividad, o de una postura neutral, recorre toda la obra de Walsh. Sobre este punto se refiere Martín Caparrós:

Frente a la ideología de los medios, que tratan de imponer ese lenguaje neutro y sin sujeto que los disfraza de purísimos portadores de 'la realidad', relato irrefutable, la crónica que a mí me interesa dice yo no para hablar de mí sino para decir aquí hay un sujeto que mira y que cuenta, créanle si quieren, pero nunca se crean que eso que dice es 'la realidad': es una de las miradas posibles. (614)

La inquietud e impulso que priman en *Operación Masacre* son los de la denuncia. Las descripciones e historias secundarias, aquellas que no provienen de testigos o de sobrevivientes, no colaboran para brindar aquel testimonio contundente sobre los abusos del poder. Walsh narra los hechos específicos de una acción comandada por el Estado, denuncia y quiere presentar pruebas no solo para que la sociedad conozca estos abusos, sino para que la ley interceda. La investigación y la existencia de documentos concretos que aporta Walsh y que se citan en *Operación Masacre* son cruciales para que la denuncia cobre luego una instancia superior. La voz oficial se cuestiona de modo constante. La rigurosidad en la investigación periodística da sustento a la información revelada en la crónica.

A través de la experiencia como lector y escritor del género detectivesco, Walsh advierte que hay sucesos de la realidad que se pueden narrar desde la lógica y las convenciones de la ficción de género. Un elemento primordial para comprender los rasgos del género que Walsh estaba anticipando es el prólogo que él mismo escribe para *Operación Masacre*. En este, prefigura las cualidades de su

investigación a partir de la imagen del periodista-detective que ya anticipaba en sus relatos. Este escritor-detective condensa las funciones que la realidad exige al periodismo: narrar con énfasis en la estructura policiaca, investigar a partir de la intervención del expediente, atender al relato de las víctimas; todo con la denuncia como hilo conductor: la búsqueda de develar una verdad ocultada por el Estado.

Walsh toma elementos de la literatura policial, el género que más conoce, pero crea literatura política. No es solo el periodismo el que se beneficia, y la literatura, sino que es también la política la que se ve afectada. Es por influencia de la literatura policiaca que Walsh concluye que, si bien el proceso de investigación tiene paralelismo con el detective, la verdad que ha de descubrir no es privada, sino social, que aspira a cierta universalidad.

La conexión walshiana: la dimensión testimonial en las crónicas de Leila Guerriero

El 25 de marzo de 1977, Rodolfo Walsh envió diversas copias de su “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar” en la que se lee: “Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles” (126). El mismo día en que envió la Carta fue capturado, se defendió, le dispararon y murió en la calle, pero de su cuerpo jamás se tuvo noticia. “El rastro de los huesos” comienza de la siguiente manera: “Entre 1976 y diciembre de 1983 la dictadura militar en la Argentina secuestró y ejecutó a miles de personas que fueron enterradas como NN en cementerios y tumbas clandestinas” (61). La fuerza de un relato, de este reportaje, está preñada con una experiencia superior a los números que dejó la dictadura, que es la esperanza de conocer la vida de otro, de trascender el solipsismo y, por un momento, conectar a través de esa forma misteriosa que produce la literatura con una vida distinta.

En “El rastro de los huesos”, el propósito de Guerriero es atender a las investigaciones del Equipo Argentino de Antropología Forense, a su vida y cotidianidad laboral, a la empatía que trasciende el propio trabajo: “La relación con los familiares de los desaparecidos la tuvimos desde el principio [...]. Teníamos la edad que tenían sus hijos en el momento de desaparecer y nos tenían un cariño muy especial. Y estaba el hecho de que nosotros tocábamos a sus muertos. Tocar los muertos crea una relación especial con la gente” (64-65). El reportaje que, en una primera versión, tuvo el título de “La voz de los huesos”, repite la experiencia

suscitada en *Operación Masacre*, cuando es posible leer los testimonios de hombres que habían escapado de la muerte, que fueron fusilados y, sin embargo, vivieron para dar prueba de lo que habían padecido. *La otra guerra* es un relato coral que tiene como telón de fondo un evento histórico: la guerra de Malvinas. Es el trasfondo de la historia porque la historia que a Guerriero le interesa contar es, como en “El rastro de los huesos”, la de los muertos, los soldados fallecidos en Malvinas. Para ello, se acerca a los familiares de algunos de estos soldados y comparte fragmentos de sus vidas.

En 1982, la dictadura militar encabezada por el gobierno de Fortunato Galtieri quería contrarrestar o disfrazar los fracasos previos como el expansionismo económico, por lo que la empresa de recuperar las islas fue parte de un intento de redimir la unidad nacional:

Los sindicatos y la Multipartidaria aceptaron suspender sus reclamos por salarios, reactivación y apertura en pro de la ‘causa nacional’, y hasta Montoneros ofreció su colaboración desde el exilio. Las Madres proclamaron que ‘las Malvinas son argentinas y los desaparecidos también’, olvidando que muchos no lo eran: hasta los derechos humanos debían ahora nacionalizarse para ser legítimos. (Novaro 184-185)

Pero si los restos son un indicio, la evidencia por la que ha de transitar la investigación, la meta son los nombres, el relato de *La otra guerra* describe cómo se da la restitución de identidades abandonadas por el Estado; en el acto de recuperar las voces de las familias se reconstruyen personalidades, pero no es hasta que a los restos se les asignan nombres, que a las tumbas se les nombra, que el proceso de reivindicar una identidad se cierra: “Seiscientos cuarenta y nueve soldados y oficiales argentinos murieron en combate. El nombre de más de cien de ellos demoró treinta y cinco años en ser esculpido. No en la historia grande sino en una lápida” (9).

El montaje de la crónica intercala voces de las familias de los soldados, como si al leerlas las escucháramos también ilustrando el relato como coro griego. Como en su poemario de 1915 *Spoon River Anthology*, en el que Edgar Lee Masters recorre por medio de la imaginación poética las tumbas de 212 personajes, Guerriero intenta reconstruir la historia de algunas de las tumbas de soldados argentinos enterrados en Malvinas. Al igual que en “El rastro de los huesos”, el EAAF vuelve a ser parte imprescindible de la historia; ambos reportajes

detallan a través del rescate testimonial parte de la identidad de víctimas del terrorismo de Estado.

En sus crónicas de temática histórica, la función política del periodista, así como del historiador, es preservar la memoria de las acciones pasadas y hacer de ellas una fuente de instrucción para el futuro. A través de sus narraciones, se supera la fragilidad y la caducidad de la acción humana y se alcanza una parte del sentido que muchas vidas habían visto desintegrado por la violencia: es posible aportar que la narración periodística contribuye a recrear un sentido perdido. Sin embargo, para ser preservadas, tales narraciones necesitaban un encuentro y reconocimiento con su comunidad que, a su vez, se convierten en transmisores de los hechos que habían sido borrados. Detrás de las voces de familias se encuentra la de la narradora, y, a su vez detrás de la periodista se encuentra una comunidad de memoria.

A través de la narración y el testimonio de los protagonistas, la autora puede revelar sus identidades, dejar ver su singularidad específica, su forma de estar en el mundo sobrellevando una tragedia personal. Sin embargo, mientras participan en el testimonio y la narración, los testigos no están conscientes de qué tipo de identidad revelarán. Solo retrospectivamente, a través de las historias que surgirán de sus memorias, su identidad se exterioriza plenamente. La función del periodista es, por lo tanto, crucial no solo para la preservación de los hechos y testimonios, sino también para la revelación completa de la identidad de los protagonistas.

Leila Guerriero recupera testimonios como el de Sofía Egaña: “Pero cuando se junta el hueso con la historia, todo cobra sentido. Delante de los familiares soy la médica, el doctor. A llorar, me voy atrás de los árboles. No te podés poner a llorar” (“El rastro” 69). De igual manera, Mercedes Salado, también integrante del EAAF, reitera: “Encuentras la identidad de una persona. Es la respuesta que la familia necesitaba desde hace tanto tiempo...y ya. Y eso es todo. Pero cuando le ves el rostro a la gente, vale la pena. Es una dignificación del muerto, pero también del vivo” (72).

El tejido de una narrativa a partir de las acciones y pronunciamientos de los testigos es parte constitutiva de su significado, porque permite la articulación retrospectiva de su sentido e importancia, tanto para los propios protagonistas como para los receptores de la historia. Al estar abstraídos en sus objetivos y preocupaciones inmediatos, sin ser conscientes de todas las implicaciones de sus acciones, los familiares, expertos u otros testigos, a menudo no están en condiciones de evaluar el verdadero significado de sus acciones, o de ser

plenamente conscientes de sus propios motivos e intenciones: “Ahora hay urgencia con respecto al trabajo que no aparecía tan fuerte cuando éramos más jóvenes, y que tiene que ver con la sobrevida de la gente a la que le vamos a contar la noticia de la identificación” (78). El hecho de que esta narración sea temporalmente diferida, que esté a cierta distancia de los eventos que describe, es una de las razones por las que puede proporcionar una mayor comprensión de los motivos y objetivos de las comunidades de memoria. La distancia temporal es entonces necesaria para una comprensión cabal.

Las narraciones y testimonios pueden así proporcionar una medida de veracidad y un significado a las vidas de los testigos. Pero también conservan la memoria de los hechos a través del tiempo y hacen que esos hechos se conviertan en motivos para la acción del futuro, es decir, en modelos a imitar. Uno de los principales inconvenientes de la acción es ser extremadamente frágil, estar sujeta a los cambios de perspectiva a través del tiempo y, por supuesto, al olvido: los hechos y las palabras no sobreviven a su difusión a menos que sean recordadas. La memoria, al volver a narrar los hechos como historias, puede salvar la vida y los hechos de los oprimidos en el pasado del olvido y la insignificancia. Por ello es que Leila Guerriero valora tanto toda fuente que le genere una herramienta expresiva, susceptible de ser integrada al estilo y forma de la crónica: la poesía, la novela, el cine, la música, porque el poder expresivo del periodismo es el que rescata las voces e historias del pasado en beneficio de las generaciones futuras.

El testimonio se eleva como exposición de la verdad y como elemento primordial para la reconstrucción histórica. En este punto es que surge de la controversia hacia la exigencia del recuerdo y del derecho a recriminar a quien ha optado por el silencio. En el decir de la crítica Beatriz Sarlo: “La memoria ha sido el deber de la Argentina posterior a la dictadura militar y lo es en la mayoría de los países de América Latina” (24). Jurídicamente, el testimonio fue una pieza esencial para la exposición de los crímenes de Estado en diversos países latinoamericanos; en gran medida, este antecedente propició que muchas transiciones democráticas en la región tuvieran como fundamento los relatos orales de sobrevivientes y víctimas del pasado.

El testimonio asume el problema de la experiencia: el de la narración de una verdad enclavada en la subjetividad y a partir de una postura realista. La construcción de la Historia se encuentra en medio de pugnas entre las que sobresale la constitución identitaria, sujeto y experiencia: ambas nociones son sometidas a examen para traer al presente sucesos que no han terminado por

cobrar sentido. Como sea el caso, tanto que el periodismo construye para la historia o que es una especie de historia del presente, queda claro que se trata de un discurso atravesado por la retórica reconstructiva.

La primera persona es indispensable para restituir aquello que fue borrado por la violencia del terrorismo de Estado; y al mismo tiempo, no pueden pasarse por alto los interrogantes que se abren cuando ofrece su testimonio de lo que nunca se sabría de otro modo y también de muchas otras cosas donde ella, la primera persona, no puede reclamar la misma autoridad. (Sarlo 162)

Pues, al valor del relato en primera persona se le concede un poder de evidencia primordial, así como en el uso que se destaca dentro de la lógica narrativa de la crónica: el de servir de advertencia para el futuro. Como asevera en su testimonio Clyde Snow, fundador del EAAF: “Lo que estamos haciendo [...] va a impedir a futuros revisionistas negar lo que realmente pasó. Cada vez que recuperamos un esqueleto de una persona joven con un orificio de bala en la nuca, se hace más difícil venir con argumentos” (Guerriero, “El rastro” 66).

En relación con lo anterior, es preciso entender el testimonio dentro de una relación dialógica entre comunidades interpretativas y de legitimación de narrativas sobre el pasado, así como de apropiación de nuevos sentidos. Asimismo, en el decir de Kapuściński el periodismo es historia en movimiento: “Todo periodista es un historiador. Lo que él hace es investigar, explorar, describir la historia en su desarrollo. Tener una sabiduría y una intuición de historiador es una cualidad fundamental para todo periodista” (58). Ya que ésta implica un pasado que es continuamente traído al presente; la tradición mantiene un pasado cultural vivo mediante el rito; en este caso, el rito es el de la memoria y esta, a diferencia del recuerdo, es memoria política. “No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo *común*” (Sarlo 29). La narración de la experiencia busca crear comunión con un grupo social en particular: la narración funda un sentido social.

Conclusiones

La reciente atención mediática que ha recibido la crónica escrita en Latinoamérica ha propiciado la revaloración de figuras pioneras del periodismo narrativo. Las afinidades entre la obra de Rodolfo Walsh y Leila Guerriero, al margen de encontrarse principalmente determinadas por compartir una nacionalidad y cultura, se pueden encontrar atendiendo a las relaciones textuales que hay entre sus obras.

Encontramos, en primer lugar, que para Guerriero, la clave para conocer un poco del hombre que renunció a la vida común para desarrollar un periodismo combativo está en el reconocimiento del Walsh narrador de los otros –los testigos, las víctimas– en la construcción de una intersubjetividad. Esta comunión que se desarrolla entre el periodista y el testigo es la que busca transmitir a través de la escritura. Si la “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar” detalla, tanto en su contenido como en el desenlace de su autor, el prólogo de una época de terrorismo de Estado, “El rastro de los huesos” de Leila Guerriero sería un epílogo. La historia del Equipo Argentino de Antropología Forense y la identificación de desaparecidos durante la última dictadura por medio de muestras de ADN es el hilo conductor que enlaza las narrativas de Walsh y Guerriero. Asimismo, *La otra guerra* sería la continuación, desde una tradición periodística de la que Rodolfo Walsh es uno de los paradigmas, de una recuperación de la crónica política.

Guerriero hace una lectura particular de *Operación Masacre* en la que asimila su figura y obra. La obra de Walsh se distingue por producir un efecto en el lector: indignación. En suma, para Guerriero, Walsh expone un método periodístico a seguir: un modelo. Ese modelo o paradigma metodológico se puede apreciar en las crónicas políticas de Guerriero, principalmente en las de temática histórico-política. Mediante la escritura de crónicas cuyo presente está enlazado con un pasado violento, las obras de Walsh y Guerriero trazan una continuidad narrativa, un ciclo. Leer la relación textual entre Walsh y Guerriero nos permite interpretar los retos y las nuevas perspectivas del periodismo narrativo latinoamericano del siglo XXI.

Obras citadas

Bernabé, Mónica. “Sobre márgenes, crónica y mercancía”. *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, no.15, oct. 2010, pp. 1-17.

- Bonano, Mariana. "Las crónicas de Leila Guerriero y las modulaciones de la voz: Mirada, subjetividad y autoficción". *Perífrasis: Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, no. 22, 2020, pp. 100-111.
- Bourdieu, Pierre. "Campo intelectual y proyecto creador". *Textos de teorías y críticas literarias: Del formalismo a los estudios postcoloniales*, compilado por Nara Araujo y Teresa Delgado. UAM-Iztapalapa, 2003, pp. 241-285.
- - -. *El sentido social del gusto: Elementos para una sociología de la cultura*. Siglo Veintiuno Editores, 2010.
- Caparrós, Martín. "Contra los cronistas". *Antología de crónica latinoamericana actual*, editado por Darío Jaramillo Agudelo. Alfaguara, 2012, pp. 613-615.
- Guerriero, Leila. "Rodolfo Walsh, o cómo no ser el hombre cualquiera". Introducción. *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh. Libros del Asteroide, 2018, pp. XI-XIX.
- - -. *La otra guerra: Una historia del cementerio argentino en las islas Malvinas*. Anagrama, 2021.
- - -. "El periodismo discreto. Entrevista con Leila Guerriero". Entrevista por Alejandro Menéndez Mora, *Revista de la Universidad de México*, no. 878, nov. 2021, pp. 116-120.
- - -. "El rastro de los huesos". *Mejor que ficción: Crónicas ejemplares*, editado por Jorge Carrión. Anagrama, 2012, pp. 61-83.
- - -. *Los suicidas del fin del mundo: Crónica de un pueblo patagónico*. Tusquets, 2006.
- - -. *Teoría de la gravedad*. Libros del Asteroide, 2020.
- - -. "Voltios, el nuevo libro de Leila Guerriero sobre la crisis energética". Entrevista. *Río negro*, 3 ene. 2018, <https://www.rionegro.com.ar/la-crisis-de-la-luz-iluminada-por-la-cronica-periodistica-FM4196986/>.
- - -. *Zona de obras*. Anagrama, 2014.
- Jaramillo Agudelo, Darío. "Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno". *Antología de crónica latinoamericana actual*, editado por Darío Jaramillo. Alfaguara, 2012, pp. 11-47.
- Kapuściński, Ryszard. *Los cínicos no sirven para este oficio: Sobre el buen periodismo*. Anagrama, 2016.

- Kushner, Eva. "Articulación histórica de la literatura". *Teoría literaria*, compilado por Marc Angenot et. al. Siglo Veintiuno Editores, 2002, pp. 125-144.
- Luppi, Juan Pablo. *Una novela invisible: La poética política de Rodolfo Walsh*. Eduvim, 2016.
- Muñiz, Enriqueta. *Historia de una investigación Operación Masacre de Rodolfo Walsh: una revolución de periodismo (y amor)*. Planeta, 2019.
- Novaro, Marcos. *Historia de la Argentina (1955-2010)*. Siglo Veintiuno Editores, 2010.
- Piglia, Ricardo. "Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)". *Pasajes: Revista de Pensamiento Contemporáneo*, no. 28, 2009, pp. 81-93. <https://roderic.uv.es/collections/8b1e3a62-82f3-4db3-8995-47bfc9c236f6>.
- - -. *Las tres vanguardias: Saer, Puig, Walsh*. Eterna Cadencia, 2016.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo Veintiuno Editores, 2018.
- Roitman Rosenmann, Marcos. *Tiempos de oscuridad: Historia de los golpes de Estado en América Latina*. Akal, 2013.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo, Una discusión*. Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- Walsh, Rodolfo. "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar". *El violento oficio de escribir: Obra periodística (1953-1977)*, editado por Daniel Link, Ediciones de La Flor, 2021, pp. 429-438.
- - -. *El violento oficio de escribir: Obra periodística (1953-1977)*, editado por Daniel Link, Ediciones de La Flor, 2021.
- - -. *Ese hombre y otros papeles personales*. Ediciones de la Flor, 2019.
- - -. *Operación Masacre*. Libros del Asteroide, 2018.